

TIEMPO DE ADVIENTO

Con el primer Domingo de Adviento inicia un **nuevo año litúrgico**.

En el Adviento **miramos hacia el pasado**, meditando en las promesas que alimentaban la esperanza de Israel cuando caminaba en medio de las tinieblas de sus propias infidelidades, ansiando el día en que la luz de salvación prometida por Dios brillaría sobre su suelo para siempre. Mirando al pasado nos alegramos en el hoy de nuestra historia porque aquellas promesas fueron cumplidas con la primera venida del Hijo de Dios entre los hombres.

El Adviento es también un tiempo para **mirar hacia el futuro**, pues el Señor del tiempo y de la historia, vencedor del pecado y de la muerte, prometió venir definitivamente en la consumación de los tiempos para hacer partícipes de su Reino a todos cuantos hayan perseverado fielmente en su amor. Cada Adviento nos mantiene viva esta expectativa.

Finalmente el Adviento es un tiempo para **mirar al presente**, al hoy y ahora de nuestro peregrinar, pues este es *tiempo de salvación* para cada uno de nosotros, tiempo en el que el Señor *viene incesantemente* a nosotros por medio de su Espíritu, en la Iglesia y principalmente a través de los sacramentos. En el hoy de nuestra historia acogemos los dones que Dios nos ha dado por medio de su Hijo y nos preparamos diligentemente para el Encuentro definitivo, para recibir aquello que Dios tiene preparado para aquellos que le aman (ver 1Cor 2,9).

Ahora bien, si tuviéramos que resumir en dos palabras el "tiempo verbal" de cada Adviento, tendríamos que decir que es un presente continuo: "**DIOS VIENE**". No es un pasado (Dios ha venido), ni un futuro (Dios vendrá), sino un presente: "Dios viene". Y se trata de un presente continuo porque es «una acción que se realiza siempre: está ocurriendo, ocurre ahora y ocurrirá también en el futuro. En todo momento "Dios viene"... Resuena como un llamado saludable: ¡Despierta! ¡Recuerda que Dios viene! No ayer, no mañana, sino hoy, ahora. El único Dios verdadero, "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob" no es un Dios que está en el cielo, desinteresado de nosotros y de nuestra historia, sino que es el Dios-que-viene» (Benedicto XVI, Homilía 1º Domingo de Adviento 02/12/2006).

COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

Los Padres de la Iglesia explican que la "venida" de Dios -"continua" como decíamos- se concentra en las dos principales venidas de Cristo, la de su Encarnación y la de su vuelta gloriosa al fin de la historia¹. El tiempo de Adviento se desarrolla entre estos dos polos. En los primeros días del Adviento se subraya la espera de la última venida del Señor, como lo demuestra el **Evangelio** de hoy. En cambio, al acercarse la Navidad, prevalecerá la memoria del acontecimiento de Belén, que reconoce en él la "plenitud del tiempo"².

Por eso, este sermón de Jesús (**Lc 21,25-28.34-36**), llamado "escatológico" (del griego "ésjaton": lo que está al final de todo, lo último), pone nuestra mirada en el fin. Como quien mira hacia la meta antes de comenzar a correr una carrera, para encaminarse bien y no perder el rumbo.

Sin embargo, llama la atención que lo primero que se nos proponga para el tiempo que nos prepara a la Navidad, fiesta de la alegría y la confianza, sea un texto que más bien parece infundir temor. Nos disponemos a adorar la inocencia y la fragilidad de un bebé y se nos habla de señales cósmicas en el cielo, de pueblos presos de la angustia, de hombres desfalleciendo de miedo, y del "Hijo del hombre" sobre una nube lleno de poder y gloria.

Estamos, pues, ante las imágenes típicas de un **género literario** muy frecuente en la Biblia: la **apocalíptica**³. Su característica principal es recurrir al **símbolo** (sueños, visiones, cifras emblemáticas, etc.)⁴ que, por un lado, nos vincula con las realidades históricas concretas, pero por el otro, busca contactarnos con la revelación o dimensión divina.

Los símbolos más llamativos de la Apocalíptica, como en este Evangelio de hoy, suelen ser las **convulsiones cósmicas** (el sol, la luna o las estrellas cambian de naturaleza, la tierra tiembla -y con ella los que la habitan-, entran en escena seres fuera de lo normal e incluso monstruosos, fenómenos particulares salen de su curso ordinario, etc.).

¹ Cfr. San Cirilo de Jerusalén, Catequesis 15, 1: PG 33, 870.

² Entre estas dos venidas, "manifiestas", hay una tercera, que san Bernardo llama "intermedia" y "oculta": se realiza en el alma de los creyentes y es una especie de "puente" entre la primera y la última. "En la primera —escribe san Bernardo—, Cristo fue nuestra redención; en la última se manifestará como nuestra vida; en esta es nuestro descanso y nuestro consuelo" (Discurso 5 sobre el Adviento, 1).

³ Así aparece, por ejemplo, en AT, en Is 24-27 y 34-35; Ez 38-39; Zac 9-14 y en el Libro de Daniel y en el NT, en Mc 13,1-31; Mt 24,1-44 y este texto: **Lc 21,5-36**.

⁴ En dependencia del AT, la apocalíptica recoge y reelabora muchos elementos simbólicos: el cielo es la zona propia de Dios y señala la trascendencia; la tierra es la zona propia de los hombres y es donde se desarrollan los hechos de la historia, el abismo o el mar es el depósito del mal, etc. El número 7 o sus múltiplos indican totalidad, la mita de 7 o sus fracciones: parcialidad, el 1000 es el número de Dios, etc.

Ahora bien, cuando nos encontramos frente a textos de este tipo, antes de afirmar “dice tal cosa”, mejor es preguntarse “¿qué quiere decir?”⁵.

Al recurrir a la Apocalíptica, el autor bíblico está queriendo señalar una presencia muy especial de Dios en el desarrollo de la historia que, presente en la evolución de los hechos, los orienta hacia una consumación positiva que supere el mal o potencie infinitamente el bien. Bajo el impulso de Dios, el mundo actual tendrá que cambiar.

La apocalíptica lee la historia concreta a la luz de un mensaje religioso. Los hechos históricos tienen una lógica superior: un plan que los engloba y los encierra a todos; es el plan de Dios, creador y artífice trascendente de la historia. Los hechos “tienen que acaecer”; pero están unidos entre sí en un proyecto divino que el hombre va conociendo progresivamente⁶, y que se consuma en el bien.

El gran protagonista que impulsa hacia la conclusión positiva el “choque” entre las fuerzas del bien y las fuerzas negativas es la figura del “Mesías”. Este “elegido por Dios” que resume en sí toda la fuerza divina es el único que puede llevar a su culmen el “reino definitivo”. He aquí la importancia de esta figura enigmática, típica del profeta Daniel (cfr. Dn 7,13-14), que también hoy menciona Lucas: la del “Hijo del hombre”. Él es el encargado de instaurar el reino mesiánico.

El Evangelio nos presenta tonos e imágenes apocalípticas o de catástrofe. Sin embargo, se trata de un mensaje de consuelo y de esperanza. Nos dicen que estamos caminando hacia un Encuentro, el encuentro con Aquel que tiene poder y gloria. Como profetiza Jeremías en la **1º lectura**, Dios hará que su pueblo (Israel y Judá) tenga “*un descendiente de David legítimo, que establezca la justicia y el derecho*”.

Por eso el centro del mensaje evangélico de hoy es este: “cuando empiecen a suceder estas cosas, **tengan ánimo y levanten la cabeza** porque está por llegar la liberación”. Es la misma idea que aparece en la 1º lectura: “En aquellos días, Judá estará a salvo y Jerusalén habitará segura” (v.16).

“Dios viene” y su venida irrumpe para poner de pie, para erigir a los caídos o atribulados, para dar alivio y tranquilidad... en una palabra, para salvar. Pero esta salvación no es una mera recepción pasiva. Pide acción y adhesión de nuestra parte.

⁵ Lo mismo pasa en el lenguaje de todos los días. Se escucha decir que una persona “está sumergida en un mar de lágrimas” o que otra “está tocando el cielo con las manos”. Nadie piensa que alguien, efectivamente, se esté ahogando en un mar producido por el llanto de infinitas personas, o que hay otro que dé saltos tan espectaculares. Se entiende que esas expresiones “quieren decir” que alguien está muy triste o muy contento.

⁶ Cfr. U. Vanni, “Apocalíptica”, en Nuevo Diccionario de Teología Bíblica, Madrid 1990, 133-142.

La exhortación continúa diciendo: "**tengan cuidado de no dejarse aturdir** (literalmente: "de que no se les emboten sus corazones") por los excesos, la embriaguez y las preocupaciones de la vida... **estén prevenidos y oren incesantemente** para quedar a salvo...".

La 2º lectura refuerza esta misma idea: "vivan como conviene que vivamos para agradar a Dios". Antes nos dice el "cómo": la clave es el amor. "Que el Señor los haga **crecer cada vez más en el amor...** para fortalecer nuestros corazones..."

Sea que estemos agobiados por desamor, por temores, por tristezas, por cansancios o, sea que estemos distraídos, "Cristo viene" y nos invita a levantar la cabeza, con confianza. Porque Él tiene poder para aliviarnos y revertir nuestra situación presente. Nos invita a superar lo que se da en las apariencias y a poner nuestra mirada y nuestro corazón en su Persona.

Es verdad que a lo largo de la vida encontramos penas de muchas clases, pero no cedamos a la tentación de considerarlas un signo de la ausencia de Dios. El "Hijo del hombre" sabe de los sufrimientos humanos; pero también de la posibilidad de salir victorioso. A esto estamos llamados. Para no perder el rumbo, no perdamos de vista la meta final.

Dra. María Verónica Talamé
Salta